



INTERROGANTES SOBRE LA OPCION EVANGELICA DE LOS POBRES

Rolando Muñoz

Es necesaria una reflexión crítica desde la fe sobre lo que la opción por los pobres significa. El P. Muñoz nos ayuda a ello en este breve trabajo. Está tomado de la revista chilena MENSAJE, mayo 1981.

En un encuentro eclesial, este último verano, se discutía largamente sobre el significado exacto y los alcances prácticos de la "opción por los pobres. Un joven pidió la palabra y dijo: "No entiendo bien por qué se hacen tantos problemas. Para mí es claro que tenemos que hacer la opción por los pobres y es claro que no la hemos hecho. Creo que todo lo demás son racionalizaciones".

La afirmación puede resultar demasiado tajante. Pero lo que sí creo cierto es que, para romper ese círculo de discusiones - a menudo estériles - entre cristianos, necesitamos de la fuerza transformadora del Espíritu y de una disposición profunda a la conversión. Y necesitamos también - como personas y comunidad concretas - de ciertas

condiciones humanas. Necesitamos alguna experiencia, vivida con seriedad, del mundo de los pobres, y necesitamos percibir el peso que pueden tener en nuestras posiciones los condicionamientos ideológicos del medio en que vivimos (justificación del propio estilo de vida, miedo al conflicto social, etc.). Por eso no podemos, sin grave riesgo de la verdad vivida de nuestra fe, despreciar la importancia de una reflexión crítica, guiada por el Evangelio y hecha en comunión de Iglesia.

Mi pretensión, al plantear los diez puntos que siguen, es contribuir desde mi punto de vista a esa reflexión.

¿Quiénes son los pobres?

En el Documento de Puebla leemos: "*La inmensa mayoría de nuestros hermanos* siguen viviendo en situación de pobreza y aun de miseria que se ha agravado...carecen de los más elementales bienes materiales en contraste con la acumulación de riquezas en manos de una minoría...Los pobres no sólo carecen de bienes materiales, sino también, en el plano de la dignidad humana, carecen de una plena participación social y política. En esta categoría se encuentran principalmente nuestros indígenas, campesinos, obreros, marginados de la ciudad y, muy en especial, la mujer de estos sectores sociales, por su condición doblemente oprimida y marginada" (Puebla, 1135 con su nota). Esos son los "rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona y nos interpela" (Ver Puebla, 31-39).

En los sectores pudientes, lo común es no considerarse ricos, porque siempre se puede señalar a otros más ricos y poderosos. Entre las mayorías necesitadas, es frecuente no considerarse pobres, porque siempre se puede -y se debe- atender a otros que son más pobres y marginados. En un nivel más técnico, se discute mucho sobre las fronteras entre ricos y pobres, y sobre la extensión de los sectores medios en nuestra sociedad. Es como discutir sobre la hora que separa al día de la noche: la discusión no quita la evidencia común de que el día y la noche existen y son situaciones opuestas. En este nivel de evidencia común se sitúa el Evangelio cuando habla de ricos y pobres, y en el

mismo nivel se sitúan los Obispos de América latina cuando nos llaman a "optar por los pobres". Ellos constatan que en nuestro continente la brecha que separa a las minorías ricas de las mayorías pobres va en aumento (Puebla, 28). Y el Papa, mirando al mundo actual, observa que éste parece una versión gigantesca de la parábola del pobre Lázaro y el rico epulón (Lucas 16, 19-31) (Redemptor Hominis, 16).

Riqueza y pobreza, inaturales e inocentes ?

Para la Biblia y la doctrina de la Iglesia, la coexistencia de ricos y pobres no es una situación natural, sino *fruto del pecado*. El pecado, quebrando la comunión con -- Dios, corrompe la relación del hombre con los bienes de la tierra y con sus semejantes (Puebla, 321-329). Esos bienes fueron creados por Dios para ser trabajados y aprovechados por todos los hombres (Ver: Concilio Vaticano II, Gaudium et Spes, 69); y sin embargo, los frutos del trabajo de la mayoría "se convierten muy pronto y de manera a veces imprevisible en objeto de 'alienación', es decir, - son pura y simplemente arrebatados a quien los ha producido" (Redemptor Hominis, 15).

Así la pobreza no es un fenómeno natural, sino el producto del despojo y la servidumbre; y la riqueza no es un bien inocente, sino el fruto de la acumulación egoísta y la explotación de los semejantes. Tal situación no se explica sólo por el pecado de las personas, sino que es el "producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas" (Puebla, 30), es fruto de "mecanismos que por encontrarse impregnados no de humanismo sino de materialismo, producen...ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres" (Discurso inaugural de Puebla, III, 4).

¿Por qué optar por los pobres?

En el Documento de Puebla leemos: "El compromiso evangélico de la Iglesia, como ha dicho el Papa, debe ser como el de Cristo: un compromiso con los más necesitados... Por esta sola razón, los pobres merecen una atención preferen-

cial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren..." (Puebla, 1141-1142).

Para la opción por los pobres pueden verse motivos - históricos (los pobres como reserva de valores culturales o como sujeto potencial de poder) o motivos pastorales (los pobres como más abiertos a la fe y la fraternidad). Pero la opción evangélica de la Iglesia, como la del mismo Jesús, no es motivada en último término por las "riquezas" de los pobres, sino precisamente por su pobreza: porque ellos están injustamente marginados de la sociedad y la vida propiamente humanas. Optando por Lázaro frente al rico epulón "...Cristo se coloca del lado de la dignidad humana, del lado de aquellos cuya dignidad no es respetada, del lado de los pobres" (A los campesinos de Recife, 5). Para la Iglesia, como para Jesús, el motivo fundamental de la opción por los pobres es teológico: porque Dios actúa así, porque de esa manera llega su reinado. Es el Dios liberador de su pueblo oprimido, el que hace justicia a los humildes del pueblo (Ex 2, 23-3, 12; Salmo 71); el Dios "que depone a los poderosos de sus tronos y levanta a los humildes", el Dios de la Bienaventuranzas (Ver: Lc. 1, 46-55; 6, 20-26).

¿Pobreza "material"?

La pobreza de estos pobres no es sólo un problema material. Es un problema humano, que *afecta al hombre entero*, también en su dimensión espiritual. El techo propio, el pan en la mesa familiar, los zapatos para los niños... pueden ser asunto "material" para los que viven en una sociedad de abundancia. Para los pobres, son asunto de dignidad y de comunión, de vida o muerte. ¡Como si, para cualquier ser humano, el amor y la alegría, la enfermedad y la muerte, fueran asuntos solamente biológicos o materiales!

De hecho, no hay nada que sirva o afecte a la subsistencia y la vida básica del hombre, que no sea también espiritual. Y si hay algo que salta a la vista de quien lee sin prejuicios los Evangelios, es que Jesús más que nadie sabe esto; que esto es patente a la mirada misericordiosa de ese Dios y Padre de quien él habla, a quien como nadie él conoce. Por eso Jesús, en su acción liberadora con los

necesitados, nunca separa las necesidades "espirituales" de las necesidades "materiales" ni de las "sociales". El anuncia el amor generoso del Padre, despierta la fe, perdona los pecados. Hace esto sanando a los enfermos, restaurando a los inválidos, multiplicando los panes y, al mismo tiempo, acogiendo a los pobres, comiendo con los pecadores, reintegrando a los segregados a la comunidad humana.

¿Y los niños, los enfermos, los pecadores?

Efectivamente, en el Evangelio aparecen como preferidos de Jesús -privilegiados por el reinado de Dios que llega- no sólo los pobres, sino también los niños (Ver: Mc 10, 13-16) y los pequeños o ignorantes (Ver: Mt 11,25), los enfermos y los pecadores. Pero es importante tener presente que en el mundo concreto en que actúa Jesús, esas categorías no se refieren sólo a personas aisladas, sino a grupos especialmente desvalidos entre los mismos pobres, o, por lo menos, a personas que por razones culturales y religiosas viven también *socialmente descalificadas y marginadas*.

Los niños tenían en el mundo antiguo un estatuto de total dependencia, como los esclavos (Gal 4, 1-2). Los pequeños y los ignorantes eran el mismo pueblo pobre: "esa masa que no conoce la Ley, gente maldita", según el juicio de los "sabios" Fariseos (Jn 7,49). Los enfermos eran especialmente los mendigos por invalidez (ciegos, cojos), los afectados por enfermedades crónicas y humillantes (lepra, epilepsia): enfermedades que se veían como "impureza", fruto directo del pecado y motivo de segregación social (Ver: Mc 1,21-25; Jn 9,1-34). Por último, los "pecadores" por los que Jesús muestra también predilección, con gran escándalo de los "justos" (Ver: Mc 2,13-17; Lc 7,36-50) son especialmente los publicanos y las prostitutas: pecadores públicos, que ejercen profesiones socialmente repudiadas.

Si esa era la situación en la sociedad en que vivió Jesús, fiel a su Evangelio insite hoy nuestra Iglesia en la "opción por los pobres", reconociendo que en nuestra sociedad materialista el motivo fundamental de descalificación y marginación es la pobreza misma.

¿Y los "pobres de espíritu"?

San Mateo inicia su versión del Sermón de la Montaña hablando de los "pobres de espíritu". Jesús no declara bienaventurados a los ricos que son "pobres" de los bienes espirituales que Dios nos ofrece. Tampoco, a los que vivirían en una actitud espiritual de "pobres" delante de Dios, cual quiera sea su situación económica y su comportamiento frente a los pobres reales. "Pobres de espíritu" *son los mismos "que tienen hambre y sed de justicia"*, los "misericordiosos", los que "trabajan por la paz" y que por todo eso son perseguidos (Mateo 5, 3-10). Es decir, son los discípulos -pobres, principalmente- que han seguido a Jesús asumiendo su causa y su destino, haciendo propia su opción por los pobres.

El Papa actual ha "releído" repetidas veces estas Bienaventuranzas entre los pobres del mundo de hoy. Recientemente, en Filipinas: "Aquí...en esta tierra, existen muchos pobres, y también en ellos veo al 'pobre de espíritu' a quien Jesús llamó bienaventurado. Los pobres de espíritu son aquellos que tienen sus ojos puestos en Dios, y su corazón abierto a su acción divina. Aceptan el don de la vida como un don de lo alto, y lo consideran valioso, porque viene de Dios. Agradecidos al Creador y misericordiosos con sus semejantes, los seres humanos, están dispuestos a compartir lo que tienen con aquellos que se encuentran en mayor necesidad. Aman a sus familias y a sus hijos y comparten sus casas y mesas con el niño hambriento y el joven que no tiene casa...Ser pobre en espíritu no significa estar alejado de los problemas que acosan a la comunidad, pues nadie posee un sentido más agudo de la justicia que los pobres que sufren las injusticias que las circunstancias y el egoísmo humano les deparan" (Discurso en el barrio de Tondo, 4 y 5). Pocos meses antes, en Brasil: "Pobres de espíritu... (son) los pobres de bienes materiales que conservan en cambio, su dignidad de hombre... (son) los que por causa de Cristo tienen una especial sensibilidad por su hermano o su hermana que se hallan necesitados, por su prójimo que es víctima de injusticias, por su vecino que sufre tantas privaciones e incluso el hambre, la desocupación o la imposibilidad de educar dignamente a sus hijos... (son) los

que saben despegarse de sus posesiones o de su poder, para colocarlos al servicio de los necesitados, para comprometerse en la búsqueda de un orden social justo, para promover los cambios de actitudes necesarios para que los marginados puedan encontrar sitio en la mesa de la familia humana" (A los campesinos de Recife, 5). Se trata, en verdad, de un llamado a la pobreza cristiana, pero no a la miseria.

La "Iglesia de los pobres" ¿excluye a los ricos?

Como lo ha repetido el Papa, "la Iglesia en todo el mundo quiere ser la Iglesia de los pobres" (En la favela Vidigal, 4), y especialmente en América latina, la Iglesia "busca encarnarse en los medios populares del continente" (Puebla, 263), entre los pobres y marginados de la tierra, donde se encarnó y cumplió una vez su ministerio el mismo Jesús. Pero esto no significa que la Iglesia excluya a los ricos de su servicio evangelizador y de la convocación a su comunidad. La opción evangélica por los pobres no significa excluir a los ricos del Reino, de la liberación y la comunión que Dios quiere traer a todos sus hijos. La opción evangélica por los pobres significa, sí, que la Iglesia no puede cumplir ese servicio y esa convocación a los ricos en primer lugar ni comprometiéndose con sus intereses; *que debe dirigirse primero a las mayorías pobres y poner entre ellos su centro*; que debe hacerse verdaderamente Iglesia de los pobres, arraigada en su vida y sus problemas, formada y llevada fundamentalmente por ellos mismos. Desde el mundo y la vida de los pobres, la Iglesia debe evangelizar a pobres y a ricos, invitándolos a todos a convertirse y a entrar en la comunión del Reino.

¿Y los pobres, ¿no tienen que convertirse también?

Efectivamente, delante del reinado de Dios que llega nadie puede sentirse con derechos: *todo ser humano necesita del perdón y es llamado a convertirse* (Ver: Mc 1, 14-15; Lc 13, 1-5). Si la piedad formalista y las virtudes burguesas no son mérito para el Reino, tampoco lo son la religiosidad y los valores culturales de los pobres. Y esa misma religiosidad y esos valores están lejos de ser "puros"; es-

pecialmente, "a causa de influencias externas dominantes o de la imitación alienante de formas de vida y valores importados" (Puebla, 53). En particular, podemos señalar en las áreas más tradicionales la pasividad fatalista, y en las más modernizadas, el individualismo arribista. Ambas actitudes significan un desconocimiento del Dios del Reino, una negación del programa del "pobre de espíritu" (Mateo 5, 3-12).

Pero, dicho esto, no podemos disimular que el "*pecado social*" de esas estructuras injustas y esos mecanismos de explotación de que hablábamos recién, *tiene en los ricos y poderosos a sus principales responsables*, y en los pobres y oprimidos, a sus primeras víctimas. Por eso, es normal que el anuncio del reinado de Dios resuene primero para los pobres como "buena nueva" de liberación (Lc 4, 18-21; 6, - 20-21), y para los ricos y poderosos, como juicio y llamada a la conversión (Lc. 6, 24-25).

¿Como evangelizar a los ricos?

A medida que vamos haciendo realidad esa opción evangélica, como personas y comunidades de Iglesia, tenemos la experiencia de ser evangelizados por y con los pobres. Y al mismo tiempo, experimentamos una nueva claridad y una autoridad inesperada para, *desde el sufrimiento y los valores evangélicos de los pobres*, evangelizar a los ricos. Entendemos mejor que evangelizar a esos hermanos no es lo mismo que responder a su demanda de servicios religiosos o educativos. Entendemos mejor que la conversión que se pide hoy a los ricos - como en aquel tiempo al joven rico y a Zaqueo (Ver: Lc 18, 18-27 y 19, 1-10) - es conversión al Dios de los pobres, y tiene necesariamente proyecciones económicas y sociales que pueden ser bastante radicales. Con esto la Iglesia, como Jesús en su tiempo, escandaliza a la religión y la ideología dominantes, y debe sufrir por ello la contradicción de los poderes establecidos. Pero no podemos sacarle la vuelta a este camino, si queremos que el Evangelio libere a los pobres, y si queremos que también los que ahora son ricos encuentren realmente la alegría del Reino de Dios.

¿Avivando la "lucha de clases"?

En varias oportunidades, hablando de los derechos de los pobres y los trabajadores, y del compromiso de la Iglesia con ellos, el Papa actual ha explicado que esto no puede interpretarse como una incitación a la lucha de clases (A los trabajadores en Saint Denis, 5-6; A los obreros en Sao Paulo, 4; Discurso en el barrio de Tondo, 7). Por "lucha de clases" entiende el Papa una lucha de los pobres - Con estas tres características: (a) movida por la amargura y el odio, (b) que busca los caminos de la violencia y la destrucción, y (c) que conduce sólo a "dar vuelta la tortilla" en el mismo sartén de la estructura injusta, o hacerla "caer en las brasas" de una peor. Pero -insiste el Papa- el compromiso de la Iglesia es, y por motivos evangélicos debe ser, una "incitación a que los pobres recuperen su dignidad y se organicen para luchar (con todos los que estén dispuestos a asumir su causa) *contra toda forma de injusticia y explotación*, contra toda corrupción materialista de la vida y la convivencia humanas. Una "noble lucha": (a) movida por el amor solidario y la sed de justicia, (b) por los caminos de la construcción del propio pueblo y de la presión no-violenta contra los poderes dominantes, y (c) buscando la transformación de las estructuras para abrir paso a una sociedad nueva, a la "civilización del amor".

Conclusión: ¿Nos hemos convertido?

Nuestros Obispos han proclamado alto "la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral" (Puebla, 1134). Para eso no basta que, desde fuera y desde arriba, queramos hacer el bien a los pobres o incluso luchar por la justicia en favor de ellos. Es común en los dominadores decir (¿Y pensar sinceramente?) que trabajan por el bien de todos o incluso que luchan por "la causa de los pobres" (determinada por los ricos). "Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen el poder se hacen llamar bienhechores. Pero ustedes, nada de eso; al contrario..." (Lc. 22, 24-27). Por eso, "sobre todo es importante que,

en comunidad, revisemos nuestra comunión y participación con los pobres, los humildes, los sencillos. Será, por tanto, necesario escucharlos, acoger lo más profundo de sus aspiraciones, valorizar, discernir, alentar, corregir, dejando que el Señor nos guíe para hacer efectiva la unidad con ellos en un mismo cuerpo y en un mismo espíritu. Esto nos pide una oración más asidua, meditación más profunda de la Escritura, despojo íntimo y efectivo según el Evangelio de nuestros privilegios, modos de pensar, ideologías, relaciones preferenciales y bienes materiales..." (Puebla, 974-975).



Los antiguos cristianos decían: "Gloria Dei, vivens homo", (la gloria de Dios es el hombre que vive). Nosotros podríamos concretar esto diciendo: "Gloria Dei, vivens pauper". (La gloria de Dios es el pobre que vive.) Creemos que desde la trascendencia del Evangelio podemos juzgar en qué consiste en verdad la vida de los pobres; y creemos también que poniéndonos del lado del pobre e intentando darle vida sabremos en qué consiste la eterna verdad del Evangelio.

Monseñor Romero